

base de los derechos públicos a la libertad, a la defensa propia y a la aplicación de las sanciones penales solamente a los encausados cuya culpabilidad quede demostrada por los medios comúnmente admitidos en el procedimiento judicial.

Alegar que la vara alzada ante el presunto delincuente ha de caer sobre él aun en caso de duda, es dar paso a las más crueles injusticias y aceptar, a la vez, la monstruosa conclusión de que la acción fiscal se dirige ciegamente, no a averiguar la verdad, sino a ofrecer de cualquier modo un responsable aparente del hecho delictuoso o que se supone que lo sea.

No puede existir razón alguna de Estado que obligue a admitir tesis semejante. El único fin aceptable del Estado es el de servir a la sociedad, velar por su tranquilidad y bienestar y por el respeto debido a cada uno de los hombres y mujeres que forman parte de ella. Durante la reciente contienda, los pueblos democráticamente constituídos hicieron de esos principios el objetivo esencial de la lucha en que se empeñaron y de la que salieron victoriosos. Iban a tratar de imponer en el mundo esos conceptos de gobierno en oposición al tiránico y retrógrado sistema que concluyó por denominarse totalitario, como expresiva manera de caracterizar su espíritu de dominación absoluta; de mando ejercido sin obligación de dar cuenta a nadie de sus actos, ni de responsabilizarse por sus consecuencias, que le permite proceder según el exclusivo discernimiento del dictador prescindiendo de la opinión del pueblo y de las salvaguardias protectoras del interés individual en cualquier sentido.

Sería alarmante para los destinos de la humanidad que después de sacrificio de millones de seres por salvarla de la arbitrariedad despótica, aparecieran en alguno de los países comprometidos a impedir su nefasto reinado, entidades legislativas, administrativas o judiciales investidas de atribuciones que importaran, en la práctica, acordarles el ejer-

cicio de un poder de naturaleza análoga, en el fondo y en la forma.

Quedan, por desgracia, organizaciones de tipo similar que en vano intentan disimular su índole con designaciones engañosas. Las naciones de occidente de Europa y la poderosa república del norte, resisten a su expansión imperialista. Pero sería un modo de ceder al influjo de sus tendencias admitir en su seno, si siquiera por excepción momentánea, nada que se parezca a las normas propias de una dictadura, pues por ahí se inicia el camino de su dominación sin límites.

El autor de la correspondencia que se ocupa del asunto recuerda cierto pasaje de un artículo aparecido en *The Times*, de Londres, hace más de un siglo, y que recobra actualidad en presencia de este y otros peligros que infunden explicable inquietud. A nosotros, como a dicho escritor, también nos parece que vale la pena transcribirlo y meditar sobre su contenido.

"Las más grandes tiranías —decía *The Times*— tienen los más pequeños comienzos. De los precedentes desdeñados; de las súplicas despreciadas, de las quejas tratadas con desdén; de los hombres impotentes oprimidos con impunidad y de los hombres despóticos tolerados con complacencia, surgen los usos tiránicos que generaciones de hombres prudentes y buenos pueden más adelante percibir, lamentar y resistir en vano. En la actualidad, las inteligencias comunes ya no ven una tiranía agobiadora en la trivial injusticia o en la desenfadada indignidad, así como el ojo, sin la guía de la razón, no puede discernir el roble en la bellota ni la desolación del invierno en los primeros fríos del otoño. De aquí la necesidad de denunciar con incansable y hasta con molesta perseverancia un simple acto de opresión. Toléreselo, y quedará como constancia. El país lo ha permitido y cuando, por fin, se vea provocado a una tardía indignación, se encontrará amordazado con la constancia de su propia indebida tolerancia".

El tesoro perdido MENOSPRECIO DEL TIEMPO

Por J. A. OSORIO LIZARAZO

(En *El Tiempo*.
Bogotá, 25 de enero de 1947)

Cada uno de los actos humanos tiene que desarrollarse dentro del tiempo y estar sometido a él. Y el tiempo es el más relativo de todos los valores, y el más efímero. Algún filósofo pragmático estableció la tesis de que el tiempo es dinero, y el pueblo más práctico de la tierra incorporó el axioma dentro de su código de procedimientos. Para los pueblos latinos, que somos más idealistas, el tiempo no es sólo dinero, es oportunidad de mejorar nuestra condición mental, de afianzar y pulimentar nuestra personalidad, de cultivar amorosamente nuestro romanticismo, de servir a una causa común o de consagrar en el ara recóndita del egoísmo nuestra propia estimación.

Pero pragmática o románticamente, de tiempo estamos hechos. Cuando medimos el que nos queda, sentimos ramalazos de angustia: es tan reducido, aun cuando se prolongue por encima de los años y de los lustros! Y dentro de esa pequeñez tenemos que hacer to-

davía muchas cosas: estudiar sin descanso, leer, exaltar nuestras facultades intelectuales, perfeccionar y concluir nuestra obra. No todos lo sienten así: y hay gente que vive dentro del tiempo sin saberlo, lo mismo que el pez dentro del agua: sin darse cuenta de sus movimientos ondulatorios ni del medio vital.

Nosotros, ni los unos ni los otros, hemos valorizado justamente el significado de nuestro tiempo: lo menospreciamos, somos pródigos con él, lo invertimos de manera absurda, no lo sujetamos a un plan determinado, porque debemos estar pendientes de incontables circunstancias externas. Esta malversación del tiempo es una de las causas por las cuales el bogotano será siempre un pueblo desordenado. Todos carecemos del sentido de responsabilidad no sólo respecto de nuestro tiempo, sino del ajeno. Los funcionarios públicos, los empleados del transporte, los de las comunicaciones, todos ostentan una indiferencia magnífica ante la inquietud por el tiempo ajeno.

Cada uno de los actos cotidianos requiere un tiempo muy superior al que debería invertirse normalmente. En las oficinas públicas se hace un lío con la más pequeña diligencia: pagar un impuesto, por ejemplo, o comprarse una estampilla. Los altos funcionarios se han ingeniado para establecer métodos y sistemas que confluyen en arrebatarnos el tiempo a los ciudadanos. Para pagar un apartado de correo, por ejemplo, es preciso visitar tres o cuatro oficinas, comprar estampillas en una parte, hacer colas en otras, volver a otra oficina porque se olvidó una firma, y gastar así nuestro tiempo. Los empleados reciben al público con ejemplar displicencia: mientras usted espera, ansioso, el funcionario suele irse a tomar tinto, o se pone a relatar anécdotas con el vecino o deja vagar la imaginación por los espacios de su preocupación interior. Esto es en todos los ministerios. El más humilde de los funcionarios, es dichoso si le puede decir a alguien que vuelva al siguiente día, porque con ello, demuestra su importancia. Podría hacer en seguida lo que el público necesita; pero la fórmula de "vuelva mañana" los venga de su propia insignificancia y de las humillaciones que han padecido.

El ciudadano tiene que cumplir sus deberes con el Estado; pero el Estado complica tanto las cosas más sencillas, que esta obligación se hace odiosa, por los procedimientos. Oficinas relacionadas entre sí, entre las cuales hay que correr dos o tres veces, están situadas a gran distancia. En cada una de ellas hay que dejar dos o tres firmas, suministrar una serie de informes y hacer otras confesiones. Empleados indolentes cuando no áspersos reciben calmosamente al público. Mientras tanto, atienden otras cosas, responden a otras preguntas de los compañeros, que no saben lo que deben hacer, y se equivocan, por lo cual tienen que llenar otros formularios y romper los que estaban haciendo. El papeleo impera majestuosamente en todos los actos oficiales, y los empleados son felices llevando cuadernos, escribiendo notas inútiles, pidiendo firmas y preguntando datos.

Cuando, el otro día, me puse a llevar la estadística de un lapso de diez horas en un día cualquiera, me sentí lleno de desesperación y angustia. Sólo una mínima parte de mi vida puede ser aprovechada y eso en un sentido que a mí me parece inútil y que, posiblemente, a otros les parecería idiota: pero me guiaría por mi propio criterio. El resto se habrá de desperdiciar en actos inútiles, baladíes o absurdos, provocados, la mayor parte, por la irresponsabilidad con que toda la gente mira el tiempo ajeno. He aquí la estadística de diez horas de un día:

Esperando vehículos para trasladarme de mi casa, en un barrio apartado al centro y viceversa, cuatro veces (12 minutos, 21 minutos, 7 minutos y 18 minutos respectivamente)	58
Esperando ascensores en diversas diligencias	27
Haciendo antesalas para hablar con cuatro personas diferentes, dos de ellas empleados públicos	112
Esperando en el teléfono que me pidan el número para seis llamadas	23
Esperando que me comuniquen	12
Dos veces me dieron el número equivocado	7
Esperando que mi presunto interlocutor pase al teléfono (un momentico, señor, voy a llamarlo)	9